



Conferencia aparecida a modo de artículo en la
Revista Teórica del Partido Feminista de España,
número 9, año 1988

La moral es también política o acaso la forma más verdadera de política. En lugar de moral, hay que decir la vida privada, porque es esencial para el Sistema –y por tanto esencialmente reaccionaria– la separación, la distribución en dos ámbitos, de los cuales uno es la vida privada donde suceden muchas cosas y otro el de la vida pública, y especialmente la vida política, donde se mueven las entidades abstractas del Capital y del Estado, Ministerios, Gobiernos en general, Banca, Empresas Multinacionales.

Renuncia a la vida privada

Pienso que es ilusorio hablar de cualquier transformación real, cualquier forma de decir «no» a esto que se nos impone, que no pase por la negación a esa separación. Y, precisamente, negación en el sentido que he espuesto: renunciar a la vida privada. Reconocer que los individuos son por esencia reaccionarios, igual que el Estado y el Capital que los agrupa en masas; que Estado y yo, en cuanto yo soy persona, somos la misma cosa; que, por tanto, mi conversación privada y mi razonamiento privado ha de ser necesariamente trivial, inútil, conservador, reaccionario, buscando mi seguridad personal, o sea, exactamente igual que si fueran el Estado o el Capital los que estuvieran hablando por mi boca.

La condición se me aparece como una renuncia a esa institución de la vida privada y de las relaciones personales, una renuncia en el sentido de que las transformo en públicas. No hay ya mas relaciones familiares ni amorosas, ni ninguna otra relación privada, sino que queda sustituida por lo público.

La disconformidad radical del Movimiento Feminista

A mí me asaltan grandes dudas, tanto respecto a los Movimientos Feministas como respecto a otros muchos movimientos de partidos y de grupos que se pretenden también reivindicativos y contrarios a la continuación del Poder, y son luchadores por la transformación. No sé si en el corazón de eso hay una verdadera disconformidad radical con este mundo. Es un dilema con la siguiente disyuntiva: o de verdad no estamos conformes con este mundo, y entonces la crítica no puede por menos que ser total porque todo en el Sistema está conexasionado, o se trata de ganar puestos y avanzadas en una lucha típicamente reivindicativa dentro de este mundo, es decir, respetando el campo para ganar en él puestos.

Hace ya muchos años que esto es así. Los movimientos sindicales son un ejemplo claro y desastroso de lo que ha sucedido en la perversión de los movi-

mientos políticos. Cada vez más se han convertido en una mera pieza de transformación trivial, porque el Sistema se transforma continuamente para seguir siendo el mismo. El Movimiento Sindicalista ha contribuido no sólo a respetar el Sistema, sino también a sustentarlo, por ello no pretendamos que tales movimientos se llamen revolucionarios ni rebeldes; se trata de movimientos que respetan el respetan el Sistema y tratan de ganar puestos en él.

Por ejemplo, respecto a las formas más avanzadas del Capital, que necesitan como un ingrediente indispensable la carrera de precios y salarios, las reivindicaciones salariales y parasalariales de los sindicatos son un complemento de la máquina desde hace mucho tiempo, que regula o contribuye a la regularización de esa carrera, que para las formas más avanzadas de dinero es esencial.

No hay más remedio que plantearse este dilema despiadadamente: o de verdad cabe en el fondo una disconformidad, parece que este mundo está mal hecho y entonces la crítica no puede ser parcial, o se trata simplemente de algo -tal vez comprensible- humano, de ganar ventajas o puestos en un sector u otro de la Sociedad en medio de todo el juego de existencia.

La moral es un invento masculino

Cualquier ética, con más o menos modificaciones, será la que ha regido desde siempre la ética de los hombres. La misma de la que se aprovechan las abstracciones del Capital y del Estado, las dominantes; esa misma moral de la que hablaba al principio, cuya separación de la política es una de nuestras más claras formas de perdición.

Precisamente, cuando se trata moralmente los asuntos políticos, es cuando entramos en una constante perdición. Los medios de formación de masas están contribuyendo a hacernos creer que son señores allí, en lo alto, que son los que deciden. Pero el pueblo, desde aquí abajo, sabe muy bien que todo eso es mentira, que el aparato funciona por mecanismos en los que los ejecutivos del Poder no son más que piezas intercambiables, que su actitud moral importa un rábano y que, por tanto, la cara del señor en cuestión y su nombre propio es una mera distracción. Esta distracción es muy importante para la formación de las masas: la personalización del Poder, la aparición de fotos de señores, con nombre propio, en sustitución de los verdaderos mecanismos que están debajo y que se preserva precisamente bajo esas máscaras. Fijaos bien lo que puede ser la ética cuando se aplica a los organismos públicos, es una contribución al engaño.

La persona, institución masculina

Una invención de la Sociedad patriarcal, es la de la persona, la personalidad, que es el supuesto sujeto de la ética, de la moral. O, por decirlo con el término que los filósofos del siglo pasado pusieron de moda, el yo. La persona, sujeto de toda ética, de toda moral, es también un invento, una institución masculina. Y el hecho de que la lucha de la rebelión de las mujeres haya tirado por el derrotero de reclamar una personalidad individual, me parece igualmente otro desvío, un perdedero; es un invento de la sociedad histórica o masculina, reclamar ser una persona, tener personalidad y por tanto una ética, es una vía de sumisión.

El corazón revolucionario del pueblo

El cuarto punto que presento a debate: las mujeres como ese posible fermento de la rebelión, de destrucción de este Orden, recordad que no son personas simplemente sino otra cosa mucho más importante: el corazón revolucionario, aquello que el espíritu libertario ha apelado con la palabra «pueblo». Es importante decir que pueblo no puede considerarse como un conjunto de individuos, como lo son las masas que manejan el Estado y el Capital, que esas sí son conjuntos de personas, contables. Al pueblo no se le cuenta porque no está hecho de individuos, de personas. La persona individual es algo tan reaccionario como el Estado y el Capital, porque coinciden en sus intereses, en la búsqueda de la seguridad y todo lo demás, es lo mismo que el Estado y el Capital. Será pues algo mucho más importante.

Podremos no saber lo que es pueblo, y es justo que no lo sepamos, porque estamos en una realidad donde el pueblo está avasallado, sometido, cambiado por otra cosa que es masa de individuos. Podremos no saber lo que es, pero desde luego sabemos lo que no es, y antes que nada pueblo no es un conjunto de personas. El pueblo por tanto, es lo contrario a las masas de individuos que Capital y Estado manejan. No está compuesto de personas. Está por debajo de eso que llamamos persona.

La primera fuerza social

Podrá parecer que, en un momento dado, lo que se reclama es otra ética, una ética de las mujeres, pero eso es para que se vea que aquello no era así, sino que era una forma de reintegración, por el hecho de que la noción misma de ética, de persona, estaba ya dañada por ser institución masculina, histórica. Muy especialmente, la moral que los hombres han inventado para sus mujeres desde el comienzo de los siglos, una moral cuyos rasgos no quiero recordaros porque está en la mente de todas.

Desde las leyes propiamente dichas, hasta los preceptos morales que padres y madres comunican a sus retoños y les imponen las reglas de conducta, las normas, los criterios de bien y mal, la moral toda es un invento masculino. La moral se reconoce como un invento de los hombres, de la clase dominante desde el comienzo de los siglos. Es verdad que desde el comienzo de la Historia este mundo está constituido por la sumisión de las mujeres a los hombres. Que ésta es, como decían los viejos marxistas, la primera separación de clases. Esta es también la primera guerra social, la guerra de los sexos, no hay ninguna más antigua. Las mujeres, como Engels decía, son la primera forma de dinero, la conversión más clara de algo vivo en una abstracción que es el dinero. Si esto es así, todas las sociedades históricas son patriarcales, su último fundamento es la sumisión de las mujeres a los hombres. Son ellos los que les han inventado las formas de conducta a las mujeres, que, como dicen los psiquiatras, las han interiorizado desde siglos y siglos como su propia conciencia personal. Conciencia destinada sobre todo a mantener tranquilas y alejadas de la rebelión y del sentimiento de la rebelión a las de la clase sometida. No separo las leyes públicas de la moral, todas son instituciones masculinas.

Las mujeres, sujetos del cambio

Las mujeres no son simplemente hombres, como sus señores, esto es un hecho. La Sociedad patriarcal es una cosa que ha durado toda la Historia; pero decir esto no es ser fatalista, porque el círculo no está cerrado, sino que tiene sus imperfecciones. Este es, por tanto, el aliento de nuestros corazones: las imperfecciones, las resquebrajaduras que en el fondo se costatan o sospechan constantemente en el hombre. Y una de estas resquebrajaduras consiste en que las mujeres, por más que hagan, no están reducidas a ser simplemente hombres y personas como sus señores. Sentimos que siguen siendo algo más, que, como el pueblo, no se deja contar ni evaluar.

Cuando terminé un librito titulado «Qué es el Estado», hacía un epílogo donde no se hablaba de las mujeres, más bien se apelaba a las mujeres, como fermento de rebelión contra el Orden y todo lo demás. Así como los marxistas tradicionales pensaban que las clases oprimidas laboralmente eran, en cierto sentido, las más cercanas al pueblo, y el más probable sujeto de rebelión, del mismo modo digo algo semejante respecto a las mujeres. Si es verdad que se trata de la clase sometida primera, sobre la que toda la Historia está asentada, entonces son ellas las que están más cercanas a aquello que denominamos pueblo. Es razonable por tanto apelar a esas mujeres para que no se trasformen de una manera trivial en personas, igual que sus señores; es razonable apelar a ellas como sujeto de un posible y verdadero, no ilusorio, cambio.

Reforzar las instituciones

Por eso, cuando veo que los Movimientos Feministas tiran por el camino de reclamar acceso a los puestos ya establecidos de la Sociedad histórica, patriarcal, tanto en la esfera del Capital como en la del Estado, tanto en la Empresa como en los Ministerios, pienso que esto es una forma de sumisión y de colaboración. La pretensión de ser jueces, jefes de estado, trabajar en esto y en lo otro y ser hasta militares, no deja de ser una trivialidad. Y garantiza una vez más que las mujeres queden sometidas al modelo impuesto por los hombres, anulando así las posibilidades de rebelión que en ellas podía latir. Y, por el otro lado, positivamente, esa incorporación no hace más que consolidar y reforzar las instituciones, en las que estas mujeres ganan puestos. Es una costatación trivial, al alcance de los niños, que una señora que es juez, general o Jefe de Estado no se distingue lo más mínimo de un señor que ocupa el mismo puesto. Los ejecutivos son intercambiables y, cuando son ejecutivas pasa exactamente lo mismo. La condición de ejecutivo se impone con mucho sobre la diferencia sexual. De manera que una persona que esté en contra de la diferencia sexual, a lo mejor se alegra mucho de que la ocupación de cargos de poder anule la diferencia, y de que los jueces y las juezas sean iguales. Yo, la verdad, encuentro muchos más motivos de tristeza que de alegría en esto. La igualación no se ha hecho jamás, en el sentido de que los jueces no se han hecho distintos desde que hay juezas, a cómo eran cuando no las había. Se ha hecho en el sentido contrario, como siempre. Las mujeres que han accedido a estos puestos han adoptado enteramente lo que estaba dado en el modelo patriarcal. Lo mismo en cualquier otro tipo de Poder, en la Empresa o en el Ministerio.

La contradicción en que están inmersas las mujeres revela la necesaria ambigüedad que hay en esto: por un lado, un afán práctico mal entendido, como en el desastroso ejemplo que he puesto de las luchas sindicales donde se trata de conseguir victorias, y, por otro lado, se es lo bastante lúcido como para reconocer que no se trataba de eso, sino descubrir que lo que está latiendo por debajo de los Movimientos Feministas no es por la ocupación de puestos en el Estado o en el Capital.